

*“El amor de Dios”*  
1 Corintios 13:4-7, 13

Hohenau.

Texto bíblico:

4 El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; 5 no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; 6 no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. 7 Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. 13 Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor.

Sermón

Bárbara y Aldo están dando un paso importante en su vida: están contrayendo matrimonio. Promesa de amor y fidelidad conyugal, basados en el amor y la fidelidad de Dios, es lo que edifica, mantiene y hace crecer el amor conyugal entre un hombre y una mujer. Sin amor, y sin fidelidad, no se puede pensar en el matrimonio.

¿Cómo es este amor del que habla del pasaje bíblico de 1 Corintios 13? ¿De qué clase de amor habla? ¿Quién encarna perfectamente este amor? El mismo tiene ciertas características que lo diferencian de otras clases o tipos de amores, menos perfectos, menos hermosos.

En primer lugar, dice nuestro texto, “el amor es sufrido, es benigno” (v. 4). Una frase acompaña a la otra. Quiere decir, que el amor verdadero, el amor perfecto, es capaz de sufrir, de soportar, de aguantar el dolor. Y esta capacidad de tolerar y aguantar, no lo hace a regañadientes, sino por el contrario, lo hace con benignidad. Ser benigno, es lo contrario a ser maligno. Así que el amor que tolera, que soporta, es benigno, es decir, es suave, tranquilo, es calmado. Soporta tranquilo, aguanta un peso grande, aparentando que en verdad no es tan pesada la carga, y a pesar del dolor, es capaz de lanzar una sonrisa bondadosa. Esto significa que “el amor es sufrido, es benigno”. En esto vemos el sufrimiento de Cristo, que por amor de nosotros, llevó la pesada carga de la cruz en sus hombros. La soportó benignamente por nosotros, por nuestros pecados, para que tengamos por la fe en él, el perdón de nuestras culpas y pecados.

En segundo lugar, dice el texto, nos cuenta que el amor verdadero, no hace ciertas cosas. Hay ciertas cosas que el amor no llega a hacer, que no forman parte de su naturaleza. “El amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia” (vv. 4b-6). Es importante recordar este texto, que nos habla del trato en la pareja, de la convivencia entre esposo y esposa, varón y mujer. No se puede envidiar al otro en el matrimonio, ni dar rienda suelta al orgullo, al egoísmo; tampoco se puede, como matrimonio, ir tras cosas superficiales, vacías, pasajeras; ni menos todavía hacer cosas prohibidas por Dios mismo, que llegarían a afectar el amor, y comprometer la fidelidad, como ser el adulterio, el maltrato intrafamiliar, golpes, separación y divorcios, trato injusto, extorsiones, amenazas, y cosas por el estilo. Como dice 1 Corintios 13, el amor no se alegra de la injusticia. Estas cosas debemos diagnosticar, identificar, hablar de estas cosas con franqueza, y perdonarnos, con el perdón que Dios puso en nosotros en el Bautismo, y en su Palabra, la Biblia. Porque el amor verdadero “se goza de la verdad” (v. 6b), se alegra en la verdad, en lo que es puro y sincero. El amor se alegra en el abrazo sincero del uno al otro, se alegra en la caricia que consuela el rostro afligido y al corazón triste; el amor de regocija de los momentos en familia donde la alegría compartida de poder encontrarnos fortalece nuestras relaciones personales. El amor se alegra en la verdad, porque la verdad purifica y limpia; el amor de alegra en la verdad de que Cristo murió por nosotros, y que resucitó al tercer día de entre los muertos; en esta

verdad de Cristo, de su evangelio que sana y restaura los corazones quebrados por el pecado humano, es que el amor de alegría, se anima, y se levanta otra vez. Es el fuego del amor de Dios, revelado en Cristo Jesús, lo que necesitamos como matrimonio cristiano, una y otra vez, para que satanás no tenga poder sobre nuestras vidas y relaciones.

Allí en el Paraíso, fue el diablo quien destruyó el matrimonio por primera vez. Él fue quien puso en enemistad al hombre y a la mujer, a Adán y Eva, a fin de alejarlos de Dios, quien es Amor. Por eso, en su infinita bondad y misericordia, Dios envió a su Hijo al mundo para salvarnos a nosotros mismos de este enemigo, y de nuestros fracasos y discordias. “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo único, para que todo aquel que en él crea, no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Jn. 3:16). Ese amor de Dios por nosotros, que “todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta” (v. 7). El amor de Dios es así, y espera de nosotros también, como sus hijos en Cristo, que vivamos en el matrimonio su amor, que hablemos también de su misericordia a otras personas, que sufran tentaciones, que están angustiadas por la culpa de sus pecados, que ya no tienen esperanza, a fin de que ellas reciban, por la fe en Cristo, perdón de pecados, vida y salvación eterna, y el comienzo de una vida nueva en su presencia.

Finalmente, nuestro texto dice: “Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor” (v. 13). Fe significa certeza de lo que se espera, convicción de lo que no se ve (Heb. 11:1). Creemos en el amor de Dios, porque Él nos lo presenta en Cristo, y en las Sagradas Escrituras. Esta fe en el amor de la Santa Trinidad por nosotros permanecerá hasta el fin de los tiempos. Pero una vez que Jesucristo regrese, esa fe que nace y es alimentada por la Palabra de Dios y los sacramentos del Bautismo y la Santa Cena, ya no tendrá más necesidad de estar convencida de lo que no ve, porque finalmente verá a Cristo cara a cara. Así también pasa con la esperanza: cuando Cristo regrese en busca de su prometida, su Iglesia, ya no tendrá que esperar más tiempo, porque el novio amado finalmente llegó para la fiesta de bodas. Pero una vez que Cristo haya regresado, y hayan comenzado las bodas de Cristo con su Iglesia en el cielo, hay algo que todavía permanecerá: el amor. Porque el amor de Dios por nosotros es para siempre, su fidelidad es para siempre, su misericordia es para siempre. Y es por eso que el apóstol San Pablo, concluye nuestro texto diciendo: “Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor.”

Quiera Dios el Señor, el autor de nuestra salvación, fijar nuestra mirada siempre en su cruz, a fin de recordar el amor que él nos demostró. Que podamos recordar cada día el San Bautismo, a fin de agradecer dónde él nos lavó de nuestros pecados, y que por eso yo puedo perdonar también. Que la Biblia esté siempre abierta en nuestro hogar, y como padres cristianos leer y contar a los hijos de las misericordias de Dios en Cristo, a fin de que ellos puedan amar y servir y ser obedientes. Y que nosotros, pueblo cristiano, siempre se pueda acudir a la Mesa del Señor, la Santa Cena del amor de Dios, donde el verdadero Cuerpo y Sangre de Cristo son ofrecidos en el pan y el vino, como señal de su presencia viva en medio de su pueblo, como promesa de perdón constante, y como anticipo de la fiesta de bodas a la cual él nos ha conseguido entrada por medio de su sangre.

Por eso, queridos Aldo y Bárbara, sigan adelante siempre, juntos, protegidos por el amor de Dios, en Cristo Jesús, nuestro Señor. Amén.